

LA DEMOSTRACIÓN NAVAL DE ALICANTE (JUNIO DE 1862)

José Ramón GARCÍA MARTÍNEZ
Centro Marítimo y Naval Don Casto Méndez Núñez



ADRID, martes 3 de junio de 1862. Así, como sigue, se expresaba *La Correspondencia de España, Diario Universal de Noticias. Eco imparcial de la opinión y de la prensa*:

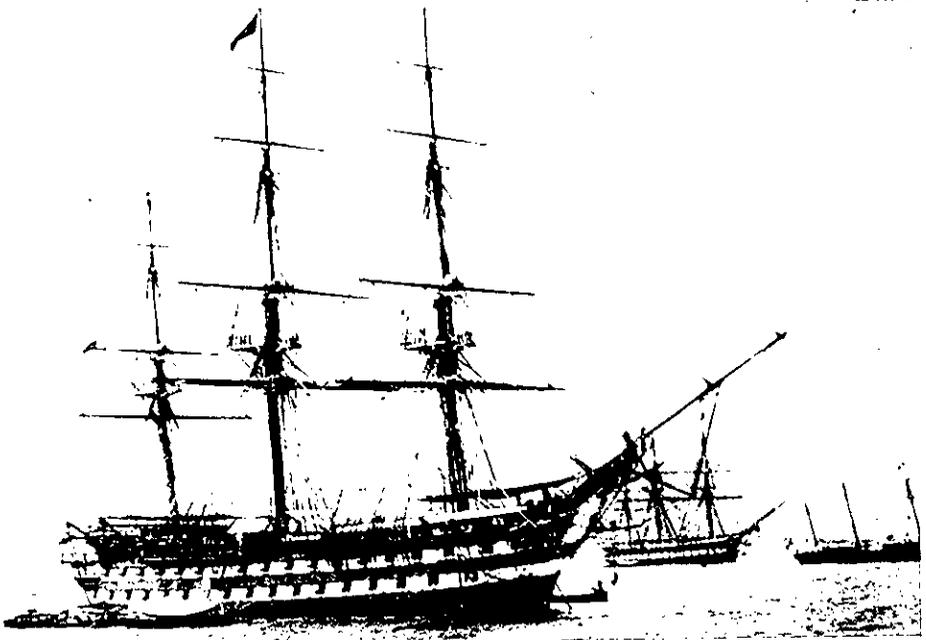
«Los buques de guerra que ayer se hallaban en el puerto de Alicante son los siguientes: navío (vélico o eólico) [Reina Doña] Isabel II; fragatas de hélice: *Resolucion*, [Nuestra Señora del] Triunfo, *Blaca* (sic; *Blanca*) y [Nuestra Señora del] *Cármén*; fragata de vela: *Esperanza* [Escuela de Guardias Marinas]; corbeta[s] (vélicas): *Colon* y *Ferrolana* [Escuela de Aprendices Navales]; goleta[s] (de hélice): *Edetana* y *Buenaventura*, y vapores (de ruedas o paletas) *Vasco Nuñez de Balboa*, *Colon*, *Vulcano*, *Alerta*, *Consuelo* (sic; goleta de hélice) y [General] *Liniers*» .

Dos días después, el periódico opositor al anterior, también capitalino aunque éste gubernamental, *La Iberia. Diario liberal*, nos anuncia lo que aquí y a su vez trasladamos, dando de ello puntual fe:

«Gacetilla.

A Alicante. El señor ministro de Marina [Senador y Teniente General Juan de Zavala y de la Puente, Conde de Paredes de Nava, Marqués de Sierra Bullones, Grande de España de primera clase] saldrá de Madrid para Alicante el día 7. El día antes marchará para el mismo puerto el general [Jefe de Escuadra] Pinzon [Luis Hernández Pinzón y Álvarez]. Las maniobras navales preparadas tendrán lugar..., los días 9 y 10. Un ayudante del general Pinzon ha pasado, por encargo de este general, á invitar á los directores de los periodicos para que asistan á las maniobras ó nombren una persona que los represente.»

¿Quién era este recién aludido «general Pinzon», aquel soldado nacido en la onubense localidad de Moguer en 1816? Entre otros muchos títulos y distinciones ostentaba el de ser el más directo descendiente de los celeberrimos hermanos Pinzones (Martín Alonso y Francisco, *la Pinta*, y Vicente



Navío vélico *Reina Doña Isabel II*, buque insignia de la división defensora.

Yáñez, *la Niña*) del descubrimiento del Nuevo Mundo pero, por ilustre que sea o que pueda ser la antedicha saga, esa mención *per se* no nos acredita ninguna demostrable valía personal, debiendo indicar que, además de todo lo que amerita su castrense hoja de servicios, que es sobrado, nuestro general era uno de los marinos de guerra más navegado de toda su época y tenía también un carácter sanguíneo y temperamental, franco, generoso, sincero y, asimismo, algo ingenuo en su manifiesta terquedad, un alma, una lengua y un puño que no eran fáciles de contener y que no se paraban ni ante las marítimas barras ni, mucho menos, ante las terrestres o diplomáticas etiquetas, no habiéndose librado de sus desatadas y orgullosas iras ni los altivos siervos de Dios ni tampoco los del rey. Un marino, en suma y en resumen, simpático y espontáneo, amante de sus amigos y enemigo de los suyos, tan amado por sus íntimos como admirado y temido por su arrojo por sus homólogos y superiores de otras naciones, un jefe éste que se desempeñaba de la alta jerarquía de comandante general de la Escuadra de Instrucción del Mediterráneo, siendo su mayor general, es decir, lo que ahora reconoceríamos bajo el título de su jefe de Estado Mayor, el activo, diligente, ilustrado y no menos obstinado en su porfía, teniente de navío Joaquín Navarro y Morgado (Sevilla, 1828), quien, por sus discretas e intelectuales capacidades, parecía el equilibrador contra-

punto del cual precisaba su patrón quien, como hemos anticipado, tendía con harta facilidad al desenfrenado desbocar aunque, este defecto, en algunas singulares ocasiones, producía y produjo magníficos resultados, como aconteció con la demoradísima firma de la paz acordada cuando concluyó la triunfal guerra de África o de Marruecos, esa lid que creyeron las cancillerías francesa e inglesa que España no sería capaz de saldar con éxito, y cuando así acaeció, resolutiva y fulgurantemente, suscitó las mayores inquietudes por parte británica, al estimar factible el muy alarmado *Foreign Office* que la Presidencia del Consejo de Ministros de Su Majestad Católica doña Isabel II, reina de las Españas, pudiese resolverse y revolverse en pro de acometer —llevándola a término— aquella magna empresa que habían aconsejado tanto Isabel la Católica como el cardenal Cisneros, aquella aspiración o sueño que, de llegar a materializarse, pondría en graves aprietos a la casi hegemónica Gran Bretaña, que podría verse privada de su displicente potestad sobre la estratégica llave del mar Mediterráneo, aquí aludiendo a la factible recreación de un país asentado sobre dos separados continentes, como entonces lo eran Rusia (Eurasia y América, en Alaska) y la *Sublime Puerta* o la *Puerta Otomana*.

Alicante. 8 de Junio. La plaza del Mar se encuentra abarrotada por un abigarrado y expectante gentío que ha llegado de todas partes y lugares para ver y para sentirse protagonista de lo que estos aquí reunidos hombres, mujeres y niños intuyen será un hecho a memorar para el resto de sus existencias, siendo incontables los ferroviarios trenes que, desde Madrid y desde Valencia, han transportado a significativas multitudes de pequeños y grandes burgueses a esa engalanadísima ciudad que se descubre presa de las más vistosas colgaduras, ondeantes banderas y festivas bandas de vibrantes músicas, no siendo extraños a esta entusiasta actividad los cónsules y agentes reservados de todas las interesadas potencias extranjeras que ansiaban ver y sentir de una muy disímil manera que la que apetecían los demás participantes en el próximo evento. Mientras todo esto sucede, alternándose calma y frenesí, el ministro de Marina escucha misa abordo de la corbeta *Ferrolana* y, una vez finalizados



Cubierta de batería de la corbeta *Colón* en zafarrancho de combate.

los romanos oficios sacros, accede a trasbordarse al *Vulcano* y allí, ya en compañía del general Pinzón y de sus respectivas mayorías y ayudantes, desde la mura de este vapor de sobresalientes tambores, ordena a las exactas doce horas de la mañana que se dé inicio a la revista naval que ellos han de pasar a ese conjunto de impacientes individuos y naves que, ante el referido buque de la insignia, deben de desfilar en perfecta línea de fila o, también, de correlativa parada, siendo esas bélicas y aquí pacíficas embarcaciones éstas que ahora se relacionan:

Propulsión vélica: navío *Reina Doña Isabel II* (su dotación, 815 hombres; su porte 86 cañones); fragata *Esperanza* (ib.: 411; 42); corbetas *Ferrolana* (318; 30) y *Colón* (130; 18).

Suponiendo estas precitadas y asociadas naves eran cuatro bajeles, con 1.674 individuos de gente, y armando 176 piezas artilleras principales o su porte.

Propulsión mecánica (vapor-vela): fragatas: *Princesa de Asturias* (437; 51), *Nuestra Señora del Carmen* (490; 41), *Resolución* (479; 41), *Nuestra Señora del Triunfo* (501; 41) y *Blanca* (490; 37); goletas: *Buenaventura* (81; 2), *Edetana* (82; 2), *Ceres* (82; 2), *Consuelo* (120; 2) y *Concordia* (81; 2); vapores de palas: *Vulcano* (125; 6), *Colón* (147; 8), *Vasco Núñez de Balboa* (147; 6), *Alerta* (79; 2) y *General Liniers* (79; 2).

Agrupándose quince buques, 3.420 hombres y 245 cañones que se convertían, al combinar la vela con el vapor, reuniéndolos, en 19 naves marinadas por 5.094 tripulantes y artilladas con 421 cañones mayores.

Finalizada la parada naval con el mayor de los contentos y tras regresar a sus aposentos el ministro y su familia, el general Pinzón dispuso que 40 botes



Cubierta de batería de la corbeta cólica *Colón*.

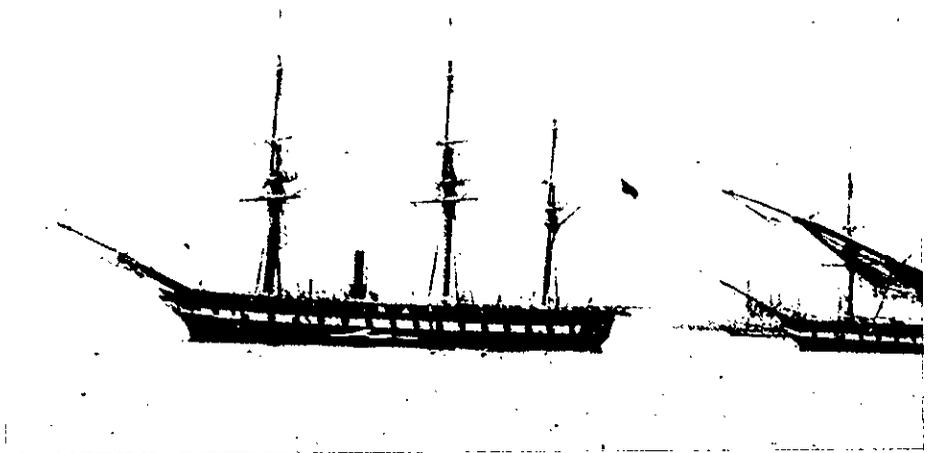


Demostración naval en Alicante (8/9-VI-1862). Vapor de rueda *Alerta*, de dos cañones, poniéndose en línea con la fragata *Resolución* de 41 cañones. Tomada a bordo del vapor *Colón*.

de la escuadra atracasen en el saturado muelle y que en éstos se permitiese el embarque de cuantas personas quisieran visitar los buques de los cuales procedían, mostrándonos este inteligente dictamen el notorio y propagandístico anhelo del gobierno de Su Majestad Católica de hacer copartícipes de su fe en la técnica naval hispana y en la profesionalidad de sus fuerzas armadas al pueblo más o menos, censitoriamente, soberano.

Por la tarde, no permitiéndose el decaimiento popular, los barcos evolucionaron y maniobraron con gran pericia, disparando sus ruidosas piezas en contra de los predispuestos blancos artilleros, alcanzándolos sin piedad alguna, concluyéndose la entretenida jornada con unas competitivas y bien disputadas regatas en las que se alzaron con los ambicionados premios los marinos del navío *Reina Doña Isabel II*, los del vapor *Vasco Núñez de Balboa* y los de la fragata *Blanca*.

Nueve de junio, 8 de la mañana. A esta hora tendrá lugar el tan esperado simulacro de combate entre una fuerza naval atacante y otra que deberá defenderse de su intrusora agresión, intentando repeler el ataque venido del horizonte e impidiendo que sea batido el ex profeso crigido fuerte de Babel que, sobre la playa, se encara hacia la mar, retándola. Dos son las escuadras que han de medirse para esta fingida refriega, que cuando dejaba de ser maniobra para advenir en cruenta lid nuestros marinos calificaban de función, conformando las fuerzas irruptoras los buques de vapor *Princesa de Asturias*, *Resolución*, *Triunfo*, *Blanca*, *Colón*, *Vulcano*, *Liniens*, *Edetana*, *Ceres*, *Concordia* y *Buenaventura*, y las pasivas, los de vela y vapor *Reina Doña*



Fragata de hélice *Nuestra Señora del Triunfo*.

Isabel II, Esperanza, Colón y Carmen, Alerta y Vasco Núñez de Balboa, no participando en este reflejado y dual despliegue ni la vélica *Ferrolana* ni la mecánica *Consuelo* por encontrarse ambas naves preparando los ulteriores festejos que se sucederían a bordo de la primera, debiendo de advertirse que por deferente y cortés disposición del prevenido gobernador militar de la plaza y para el preferente uso de las señoras se ha erigido un tablado al que se accede con un billete, facilitando este aristocrático entarimado la apacible vista de las maniobras, sin que por ello tuviesen que sufrir las tan distinguidas como agraciadas féminas las agobiantes apreturas que estas promíscuas reuniones siempre conllevan.

Con anterioridad y con posterioridad al indicado ejercicio así noticiaron lo que acacería y lo que sucedió los dos diarios de la Corte, a cuya periodística protección nos hemos acogido:

«El plan adoptado para el simulacro naval de Alicante... se reduce á figurar que una escuadra, fondeada en línea, protegiendo la costa, será atacada por otra puesta en movimiento, la cual despues de intentar interponerse entre aquella y la costa, para acabar de rendirla y batir un fuerte situado en tierra, lo conseguirá; destacando despues fuerzas sutiles, compuestas de las embarcaciones menores de todos los buques, artilladas y armadas, que se apoderarán de aquel [Fuerte de Babel] á viva fuerza, batiéndolo y asaltándolo.»

«Atacaron dos veces consecutivas, verificando las evoluciones y maniobras con maestría, y enseguida se dispuso el desembarco y ataque del fuerte por medio de treinta lanchas [botes-lancha y botes]. En la segunda parte del simulacro, que empezó á las diez y cuarto, no fué tan bien practicada como la primera, habiendo además que lamentar en ella el que á un soldado se le incendiaran los cartuchos [de su carabina rayada], causándole heridas de bastante gravedad.

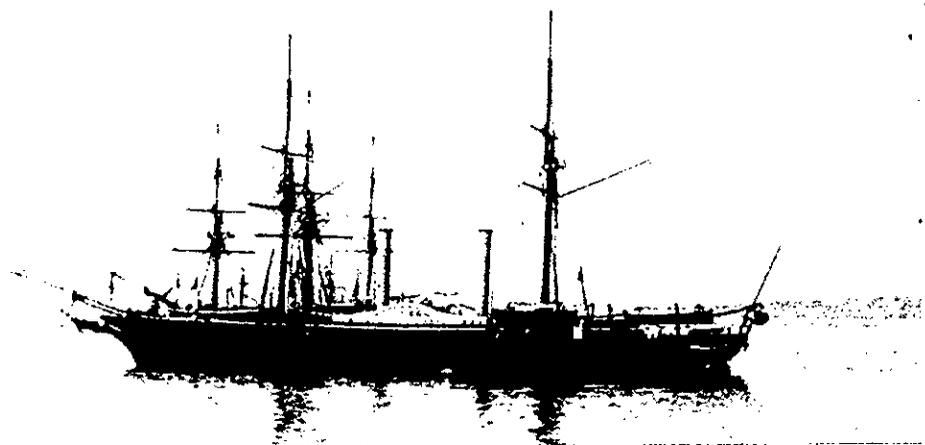
A las once y media terminó el espectáculo que tuvo efecto ante una numerosísima concurrencia.»

Hasta aquí las pocas informaciones de prensa recién citadas y algunas que otras cifras referentes a la demostración y al simulacro: *el Reina Doña Isabel II* disparó 2.400 cañonazos, la *Blanca* 1.200, la *Esperanza* 974, la *Princesa de Asturias* 900, la *Carmen* 700, la *Edetana* 290, el *Liniers* 126, la *Ceres* 96, la *Consuelo* 48 y los restantes buques y las lanchas cañoneras unos aproximados 3.500 más, llegando el monto de los tiros hechos con las piezas principales y secundarias a la cantidad de unos aproximados 10.500 bombazos (en realidad salvos y balazos, aquí aludiendo a los largados en contra de los blancos).

Culminados ya los presupuestos objetivos políticos (demostración, es decir, mostrar a todos una representativa parte de lo que hay: buques y sus tripulaciones) y militares (simulacro, es decir, demostrar a todos con lo poco mostrado de lo que se sería capaz si no se tratase de unas maniobras), un tercer propósito arribó, tratándose del banquete de gala que, a bordo de la flamante *Resolución*, ofreció el general Pinzón al ministro y familia y a las restantes autoridades políticas, militares, civiles, eclesiásticas y extranjeras presentes en la plaza, cerrándose los actos con el nocturno baile marítimo que



Vapor de rueda *General Liniers*, de dos cañones, con la fragata *Esperanza* de 42 cañones.



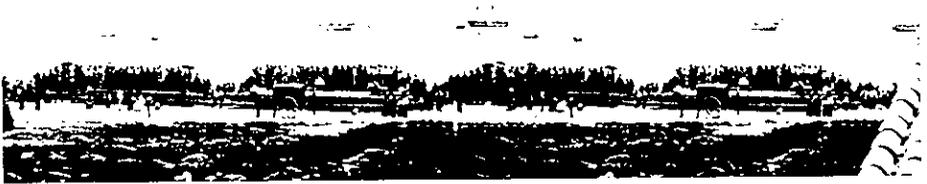
Demostración naval en Alicante (8/9-VI-1862). Vapor de rueda *Vasco Núñez de Balboa*.

la *Ferrolana* preparó para ello, abalconándose al muelle, prestándola asistencia la *Consuelo*, que proporcionó una parte del personal preciso para el agasajo y, también, el vapor *Colón*, que se encargó de la melodiosa música.

Diez de junio. Todo ha terminado. Los paisanos vuelven a sus cívicas existencias y los marinos y sus naves se disponen para retraerse hasta sus previos destinos, posesionándose el día 11 en su despacho en Madrid el ministro y zarpando en esas fechas para Cartagena el *General Liniers* y el *Colón*: para Barcelona, la *Alerta*; para *Ferrol*, la *Ceres* y la *Edetana*; para Algeciras, la *Buenaventura*, y para Cádiz y Algeciras, la *Concordia* y la *Consuelo*, y después la *Resolución*, la *Nuestra Señora del Carmen* y la *Princesa de Asturias*, dando esta última su solidario remolque al *Reina Doña Isabel II* que antes había mudado su insignia con la *Resolución*. También, por Real Orden del día 10, se prescribió quedase disuelta la Escuadra de Instrucción del Mediterráneo, cesando el general Pinzón seis jornadas después, ya en Algeciras, de su referida Comandancia General y encargándose por otra Real Orden de igual data de la Comandancia General de la Escuadra del Pacífico, tratándose ahora del mando de una pequeña fuerza de prestigiada representación (política, militar, diplomática, industrial y cultural) que debería de formarse con las fragatas de hélice *Resolución* (insignia) y *Nuestra Señora del Triunfo*, y goletas, asimismo de propulsión mecánica, a tornillo o de mariposa, *Vencedora* y *Virgen de Covadonga*, pasando de estación a América y transportando, además y a su bordo, a su agregada Comisión Científica del Pacífico (o Comisión de Profesores de Ciencias Naturales) pero, ésa es ya otra historia que

comenzaría cuando una exacta mensualidad después y desde Cádiz se gobernasen hacia el Nuevo Mundo esas antedichas fragatas, abriendo con sus afiladas rodas las páginas de otra monografía, de un alcance incommensurablemente mayor que el que podría presuponerse del —para los no prevenidos— burocrático oficio que la definía (Real Orden 29-VII-1862) y de la parca pequeñez de sus efectivos, refiriéndonos a la que luego sería nominada por las partes antagonistas primero y contendientes después como la Campaña del Pacífico (España) o la Guerra contra España (Chile y Perú, de hecho, y de derecho, Bolivia y el Ecuador).

Presentación y nudo y, ahora, el desenlace. ¿Por qué tuvieron tanta importancia aquellas maniobras alicantinas? Porque afirmaron la inequívoca voluntad de los sucesivos gobiernos de Su Majestad Católica, sin distinción partidista alguna, de crear una gran y moderna fuerza naval oceánica fundada sobre la máquina de vapor y su propulsada hélice, consagrando con ese político y estratégico dictamen de Estado el fin de toda tentación en favor del anticuado mantenimiento de los buques de línea o grandes navíos (como el *Reina Doña Isabel II* y su casi gemelo, el inferior en dos cañones *Rey Don Francisco de Asís*, ya en situación de desarme) como unidades de primera clase y, también, el más sosegado término de toda construcción o compra de los antiestéticos vapores de palas o de ruedas que, con sus inmensos tambores centrales, parecían atraer, como un imán al hierro y sobre esa zona vital, los proyectiles enemigos, decantándose su Ministerio de Marina, sin titubeante sospecha ninguna, por una Real Armada constituida por un sinfín de Escuadras que se concentrarían alrededor de bien abastecidos y pertrechados apostaderos o estaciones donde fondearían fragatas pequeñas, medias o superfragatas, veloces corbetas y goletas y un considerable número de preventivos y logísticos transportes (tropas, bastimentos, pertrechos y carbón), siendo sus ofensivas vanguardias o sus rompedoras puntas de flecha aquellas otras fragatas blindadas que en breve plazo serían botadas por los arsenales peninsulares o del exterior, aquellos novedosos buques que serían capaces de proyectar el poder isabelino en todos y cada uno de los mares del globo sin sufrir complejo o minoría alguna con respecto a Francia o a la Gran Bretaña, aquellos buques que deberían de imponer un dominio positivo indiscutible de las aguas sobre las cuales se posesionasen y de todos aquellos defensivos glacis que les permitieran sus calados y sus carboneras autonomías, reservando, ante y sobre todo, para sus ultramarinos territorios las tácticas fuerzas sutiles, descubriéndose bajo ese vocablo un sinnúmero de buques, mal por muchos llamados coloniales, de porte inferior y de escaso calado, de armamento medio y de gran velocidad que tendrían a su cargo la represión del contrabando (mercaderías y armas) y la afirmación —si preciso fuese al cañón— de la bandera sobre aquellas áreas costeras o fluviales en las cuales sería imposible destinar embarcaciones mayores. Esa flamante Real Armada de Su Majestad Católica en plena y activísima construcción desde hacía una aproximada década no era



La Escuadra de Instrucción del Mediterráneo momentos antes de comenzar el simulacro de combate entre las dos divisiones.

otra sino aquella reducida delegación que hemos observado en Alicante y que por vez primera también se mostró, en 1858, en esa rada; esa Armada que se encarna y que sólo se reconoce ya en los maniobreros buques de vapor atacantes, en los barcos vencedores sobre los vélicos perdedores; esa Armada que echa al agua lanchas cañoneras que desembarcan, dominan fuertes y que terminan por adueñarse de las aguas de su entorno y de la agredida costa, pudiendo recuperarla o hacerse con ella, pudiendo en ella fortificarse y, permítase la redundancia, hacerse fuertes. Esa Armada pujante y adiestrada que emite constantes avisos a los navegantes como estos últimos levantinos, que pisa tablas y cubiertas que han sido trabajadas en España, que se sirve de las mayores máquinas de vapor que se facturan en el mundo, también levantándolas en nuestras factorías, que se instruye en la estratégica navegación de altura y que conoce a la perfección la de bajura, que se forma en colegios y academias nacionales con profesores de esa misma nacionalidad y que viste, calza, maneja, dispara, usa y consume artículos hispanos; es aquella misma Armada que se sabe y se siente segura y capaz de emprender las más difíciles y audaces empresas. Ésa es la Real Armada de la cual alardean contentos los generales Narváez y O'Donnell, una Armada que ha mostrado casi cuanto de ella se esperaba en, por ejemplo, la expedición a Italia, en la campaña de la Cochinchina, en la de Santo Domingo, en la demostración naval de Haití, en la expedición a México y, por fin, en la triunfal Guerra de África. *Ite misa est.*

